

## **AROMA DE MONTAÑA**

En aquella fría cama de hospital, había jurado volver.

Alejandra inicia la caminata. No es la primera vez que recorre ese sendero. Su compañero Marcos, a su lado; sin tocarla, pero cerca.

Las piedras que masajean sus pies a través de la goma dura del calzado, le confirman que están recorriendo el viejo camino de autos. Ya dejaron la tranquera atrás, supo que debía pasarla por el lado derecho, por el paso para peatones. El golpe del pico de un pájaro carpintero contra el tronco de algún coihue, le otorga la certeza de que va por la senda correcta. Huele a bosque. La envuelve aire fresco. Respira profundo, llena los pulmones del aroma de montaña. Se detiene cuando unos rayos tibios de sol tocan su rostro, inclina la cabeza hacia atrás para que le den de lleno en sus mejillas. Va contando sus pasos. Sabeque en esta caminata no le servirá de mucho tener ese registro. Pero no puede evitarlo, desde el accidente, los cuenta.

El sonido del río le sugiere que están acercándose a la pasarela. Deben cruzarlo. Cierra los ojos, ha tomado esa costumbre cuando quiere visualizar algo, y recuerda el blanco del agua. El río Castaño Overa lleno de cenizas volcánicas debe estar cerca. Puede oírlo y olerlo, porque el aroma a tierra húmeda la alcanza. Se ayuda con sus bastones para avanzar, siempre le gustó contar con ese apoyo metálico en las caminatas. Llega a la rivera, se agacha, toca el agua. Está helada, tal cual la recuerda. Deja que sus dedos sean dirigidos por la corriente. Se llena de río. Marcos la llama desde la entrada al puente peatonal, ella se acerca y lo cruza tras él.

La inclinación de sus pies le indica que comenzaron la subida, la primera pendiente empinada. La tierra en forma de polvo llega a su rostro, se mete en la nariz, la hace estornudar. Con cada paso una nueva nube terrosa asciende desde el suelo. Ya no hay piedras. Escucha el piar de los pájaros y la calma infinita. El camino recupera la horizontalidad. Toma agua. Traga tierra, ¡cómo extrañaba ese sabor de la montaña!

Ingresan en el primer sendero. Recuerda la votación en la cual nombraron a cada uno de ellos. La discusión era si usaban nombres de animales o vegetales de la zona. La mayoría eligió animales. Ese día Marcos se fue a dormir enojado.

Puede sentir la humedad del bosque, imagina que hace algunas horas fue bañado por el rocío. Las ramas tocan sus brazos, sus piernas, sabe que está en un camino estrecho. Algunos troncos ofician de escalones y la ayudan a ganar altura. Si se concentra, escucha al andar de alguna lagartija que alertada por sus pasos, busca un sitio seguro.

Retoman el antiguo camino de autos. Recuperan el aliento. Alejandra se apoya en el tronco de un árbol, toca la rugosidad de su piel, encuentra un llao-llao. Cierra los ojos y ve cientos de esos nudos en las ramas superiores de los árboles y en los troncos que la rodean. Siempre la intriguaron esas deformaciones, esos ovillos de madera que rompen la linealidad de la naturaleza.

Luego de cuatro kilómetros recorridos entre el camino ancho y los senderos que lo atraviesan, se sienta en un tronco. En la montaña los troncos muertos son escalones, asientos o puentes. O quizás cuevas para algún ratón desamparado. Llega hasta él con el último aliento y ayudada por los bastones. Se sienta, se saca la gorra, moja su cabeza y toma agua. Toca la vegetación que la rodea. Le pregunta a Marcos si ya comienzan los caracoles. Su compañero le responde que sí. Son dos. Inician la marcha.

Las piernas de Alejandra hacen un gran esfuerzo para ir ganando altura. Van subiendo en zigzag, como en una escalera caracol entre los últimos árboles que desafían al clima hostil. El corazón de la mujer se acelera, necesita bombear más rápido para oxigenar a un cuerpo exigido. Llegan a la Almohadilla, puede reconocerla porque el sol pega sin piedad sobre el rostro y los brazos. Además el piso es firme, de tierra dura y la vegetación que la roza es lenga achaparrada. Se choca con alguna piedra incrustada en la tierra seca. Huele a bosta de caballos, sabe que hasta allí llegan para llevar gente y alimentos.

Presiente que hay cóndores sobrevolándolos. Marcos le confirma su presencia. Se detiene. Intenta escucharlos. No aletean, pero pueden percibirlos sobre su cabeza. Cierra los ojos y los ve. Imponentes. Son los dueños de la montaña. Aparta de su frente algunos tábanos, siempre odió a esos bichos molestos.

Caminan cansados, han bajado el ritmo de la marcha. El corazón agotado le pide un descanso. Pero ella sabe que es mejor no parar, prefiere seguir avanzando lentamente. Siente bajo sus pies al pedrero. Con la ayuda de los bastones asciende y se mantiene dentro del sendero. Cuando debe trepar alguna piedra grande, Marcos la ayuda. En las partes de cornisa, acepta ir de su mano.

Se detienen. Ella sabe que enfrente está el glaciar. Puede sentir el aire frío. También escucha las cascadas de agua, el glaciar se desangra. Cierra los ojos y ve blanco, intensamente blanco. Imagina las puntas de hielo transformándose en río.

Escucha los trozos de hielo que se desprenden y chocan contra las rocas y el agua. La montaña trona. El antiguo volcán manifiesta su potencia. La lava de hielo estremece a los visitantes. Alejandra no se asusta, disfruta del poder de la naturaleza.

Realizan la última hora de caminata en silencio. Escucha voces, sabe que están a metros del refugio Otto Meiling, ese en el cual pasó tantas temporadas trabajando, ese sitio mágico en el cual conoció a Marcos. Sabe que tiene a la derecha el glaciar Los Alerces y a la izquierda el Cataño Overa. ¡Cómo disfrutaba leer sentada en el balcón de piedras que daba al glaciar! Frente a ella, atrás del refugio, los tres picos del Tronador: el internacional, el chileno y el argentino. Desearía volver a hacer cumbre en alguno de ellos.

Pero recuerda el accidente, el rescate de las tres personas que estaban atrapadas en la grieta, el frío, la caída, el golpe en la cabeza, los gritos. Y luego, la oscuridad eterna.

En la cama del hospital le hizo jurar a Marcos que la acompañaría. La ceguera no podía impedirle volver a la montaña.

Ingresa al refugio, sus antiguos compañeros y compañeras la saludan emocionados. Ella cumplió su promesa, volvió.

Los ojos que no ven, lloran de felicidad; los de Marcos también.